LUMEN IN CŒLO.

LEON XIII Y LOS GRANDES PROBLEMAS SOCIALES DE NUESTRO SIGLO.—DISCURSO PRONUNCIADO EN LA ACADEMIA TEOJURISTA DEL SEMINARIO CONCILIAR PALAFOXIANO DE PUEBLA.

* * * * *

ILUSTRÍSIMO SEÑOR,

SEÑORES ACADÉMICOS,

SEÑORES:

VOLVIÓ el soldado de la última cruzada á tierra de Anjou, triste, cabizbajo, cubierto de polvo, con el corazón henchido de los ayes de la derrota y los ojos arrasados de lágrimas. Detúvose en lo alto de la silenciosa colina, desde donde se alcanza á descubrir el villorrio de casitas blancas, que aparecen entre el vigoroso follaje de los almendros, como parvada de cisnes que se asoman entre las hojas de los juncos. Las postreras púrpuras de la tarde doraban el alero del campanario, y la luz indecisa de las primeras estrellas rielaba en la linfa del arroyo que serpenteando se perdía entre las florestas lejanas. Desde ahí, desde esa misma cumbre, algunos años antes, había exhalado de su alma el úl-

timo adiós al hogar venturoso y enviado en las alas del céfiro el ósculo postrer á los amados de su corazón, aquella mañana, cuando partió á la guerra del Santo Sepulcro, cuando el alba prendía sus gasas de rosa en los picos de las montañas, cuando hacían escándalo las aves de la arboleda, y llegaban hasta ahí los ecos de la esquila vibrante, anunciando la santa indulgencia. De ahí había marchado, bajo la bandera del santo monarca Luis, á perseguir las glorias de Godofredo, á conquistar los lauros de Dorilea y Antioquía, á verter su sangre en venganza de las derrotas de Conrado y Felipe Augusto, de Federico y Ricardo Corazón de León, á restituir al género humano, en el sepulcro del Salvador, ese pedazo de tierra en que los cielos estuvieron arrodillados durante tres días, y que el Señor no ha querido concedernos, porque no ha querido anticiparnos en este mundo la posesión de un distrito de la patria del alma.

Bajó el soldado á su hogar, y nadie salió á recibirle. Hallóle desierto y pavoroso. La yerba había crecido en las grietas de los muros. La ortiga y el cardo cubrían las sementeras. Las ramazones del viñedo trepaban por la tapia, secas y amarillas, cual momias emparedadas. El arado roto y enmohecido yacía entre la maleza, y allá, en un rincón obscuro, la madre avejentada y tullida por el sufrimiento, la que tanto había gemido al saber los desastres de Túnez, la que tanto tiempo le lloraba muerto bajo los muros de Mahomed Mostanser, apenas pudo levantar la pupila vidriosa y fulgurante para decirle: "¡Todos han muerto por ti de dolor, mientras tú no sabías morir por el Cristo!"

¡No así, bendito hogar, venturoso hogar de mi infancia, alvéolo de mis únicas felicidades, cáliz de celestial amaranto en que bebí el rocío de la fe, tibio y fragante invernadero de las primeras flores de mi alma, no así te encuentro yo, al volver de la campaña de Cristo!

Visten tus campos el tisú de espesos trigales; manan abundantes cual nunca los veneros de tu nítida y vivificante sabiduría; tus viejos bosques de sándalo esparcen á muy lejos el aroma de tus perennes virtudes, y cien arados de oro fulgente abren el surco de la ciencia á las nuevas generaciones. ¡Aún brota de tus selvas el manantial caudaloso que, como los ríos del paraíso, ha regado las cuatro partes de mi patria; aún eres el sol que colgó en la techumbre de la América, aquel bienaventurado caudillo de la luz, aquel insigne continuador de la obra de Gante en la civilización de este hemisferio; aquel glorioso patriarca de nuestras letras, que sembró con sus manos estos vergeles de floración inmarcesible, que concurrió al Génesis moral del Nuevo Mundo, y que bien pudiera decir á cien generaciones, como San Pablo: "yo os he engendrado de nuevo;" el ilustre Palafox y Mendoza.

¡Ah, señores! ¿cómo no han de agolparse las lágrimas de inefable alegría á los ojos de quienes, testigos ayer de la horrenda demolición de este santuario, le miramos ahora nacido de sus propias cenizas, como el ave de la fábula, y elevado inmensamente, hasta esconder sus almenas grandiosas entre las nubes del cielo? Nosotros, los hijos palafoxianos del dolor, los que vinimos á este secular asilo saltando entre escombros; los que oíamos la cátedra entre el estruendo de los muros que caían derrumbados por la metralla de la Reforma; los que temblando de pavura, acurrucados en este regazo amoroso, sentíamos caer sobre nuestras mejillas el llanto de la Iglesia; nosotros, los que expulsados del hogar que Palafox erigió, tuvimos por aulas y ateneos las cuadras y caballerizas de un viejo caserón, donde fuimos, como los magos del Oriente, á buscar la luz de los siglos, el trono de la sabiduría en un pesebre de bestias; nosotros, los que llevábamos en la beca azul un estigma y un ostracismo, los que escondíamos tras el áureo escudo un corazón que abdicaba del porvenir, de las ilusiones juveniles, de las embriagadoras promesas del mañana; nosotros, los hijos amados, porque fuimos los de la amargura; nosotros, los que con voces infantiles decíamos á Jesús: "Señor, el que amas está enfermo," no podemos contener las lágrimas al mirar esta resurrección espléndida y prodigiosa, al oír la voz sublime del Maestro, que augusto y soberano ha dicho ante el sepulcro: "¡Lazare, veni foras!

¡Gracias, señores, gracias sin número, porque en los momentos de vuestra opulencia, en los instantes de vuestros sagrados regocijos, os acordasteis del ausente, y me habéis llamado á compartir el pan de vuestros suntuosos festines!"

Al través de esta fraternidad que se prolonga sin término entre todos los hijos de tan venerable patriarca, de este amor que nos vincula á todos los de la predilecta familia, próximos ó lejanos, ignorados ó esclarecidos, ¡yo te saludo, mi amadísima casa palafoxiana, con el cantar de los cantares más ardiente de mi corazón! No traigo para ofrenda tuya las palmas reservadas al adalid, no el ilustre bla-

són del espartano, sino las cicatrices del buen recluta, del buen hijo, que luchó sin término bajo tus banderas, que llevó tu memoria en lo más hondo de su pecho, y guarda los tesoros que le diste, intactos y puros en lo más sagrado del alma. No traigo las noblezas conquistadas en la victoria, no las guirnaldas de lauros crecidos á la sombra del ateneo ó la tribuna; ¡no, mi sola nobleza está en ser hijo tuyo; en traer mi estirpe de tí, nido de águilas, roca de condores, de donde volaran, como un torbellino de estrellas, las antorchas que en todo tiempo iluminaron con más vivos fulgores el cielo purísimo del Anáhuac!

Válgame tan glorioso abolengo, señores, para que escuchéis cariñosos é indulgentes la estrofa del alma que, "con amor y con temblor," vengo á entonar ante los altares más encumbrados é ilustres de nuestra época, ante el pedestal en que se levanta esa figura maravillosa, ese lampo de ángel, ese núcleo de las grandes fuerzas históricas de nuestro siglo, esa nebulosa de sabiduría, ese león apocalíptico, que al desatarse la borrasca más preponderante que recuerda esta edad, ha salido á la entrada de la catacumba de Pedro, á rugir como el león de Judá, á poner silencio al universo, y á estrangular con garra diamantina la sierpe enroscada en las espaldas del género humano.

Lo anunció el Santo Profeta de la gran familia pontificia, con el nombre mismo que diera el Señor á la más portentosa de sus obras: "Lumen in cœlo." Apareció en los instantes del cataclismo europeo, como el relámpago que centellea al desencadenarse la tempestad; "lumen in cœlo." Brilló en el horizonte del mundo, cuando la tiniebla subía á ocupar el solio de Roma y los tronos de los seculares señoríos, como la estrella vespertina asoma en el éter, cuando las sombras de la noche extienden su imperio en los anchurosos espacios; "lumen in cœlo." Las potestades todas de la tierra se han postrado ante su sitial sin corona, como los Señores del antiguo Egipto se postraban ante el astro del día; "lumen in cœlo." En el zenit de esta época singularmente caótica, ha marcado su camino con una estela de luz purpurina, como el meteoro que traza el arco cintilante en la inmensa bóveda de la noche; "lumen in cœlo;" y para mayor título y más gloriosa vocación á ese epíteto sublime, hoy convoca á todos los adoradores de Cristo, á constituir una sola Iglesia; hoy, desde lo más alto de los cielos, guía á todos los pontífices de la tierra á la casa de Cristo, á la adoración universal, como la estrella del

Oriente guió y condujo á los magnates de las tres razas, para adorarle y tributarle en Belén á nombre de la humanidad conocida.

Contemplar por un momento esa figura admirable, divisar las inmensas lontananzas de su providencial misión en los destinos del linaje humano, pedir á la inspiración cristiana un soplo vigoroso, una de sus audaces ascensiones, un arrebato de sus vuelos de huracán, para elevarnos sobre la tormenta de nuestro siglo, y luego, dilatar como el águila nuestra pupila é inundarla en los rayos de esa luz de los cielos, tal es, señores, la faena que tengo cometida en esta tribuna.

Acompañadme á los abismos en que la humanidad se encuentra atollada, rastread conmigo las sendas abruptas por donde se ha despeñado al atolladero, y aquéllas por donde espera volver á sus felices lares; bajemos á sus tinieblas, subamos á las luces encendidas por esta época, y os persuadiréis de que la única luz de salvación está en Roma, y el único camino es el trazado por este gran vidente, como un nuevo y fúlgido iris en el espacio tétrico y borrascoso de nuestras insondables desventuras.

***

Existe, señores, en los anales de este hecho indeficiente en la historia, que se llama iniquidad, una página de concordancias admirables con esta gran foja de los tiempos, apellidada siglo XIX; el Imperio Romano.

En la plenitud de su dominación, Jesucristo había proclamado estas tres unidades: la unidad de la especie humana, la unidad de Dios y la unidad del espíritu. Estas tres igualdades: la igualdad del hombre, la igualdad del deber y la igualdad de la justicia; estas tres libertades: la libertad de la mujer, la libertad de la virtud y la libertad de la Iglesia.

De la unidad de Dios surge la fraternidad universal, pues que teniendo los hombres un solo padre, no pueden constituir sino una sola familia. "No hay judío ni romano," exclamaba el grande apóstol Pablo, "sino todos, uno en Jesucristo." De la unidad de la especie humana brota la santa idea que, como un rayo de los cielos, desgaja la doctrina de Aristóteles, el edificio negro y pestilente de la esclavitud; brota la noción de un derecho que no alcanzó á divisar ni Sócrates, llamado justo, ni Platón, llamado divino; un derecho que sale como una nereida, de piélagos desconocidos, y constituye el alma jurídica de la nueva era. Y de la libertad de la mujer, de esa libertad, señores, que me

figuro depositada en el costado de Jesucristo, ahí cristalizada en esa linfa purísima que brotó y cayó sobre la cabeza de la Virgen María, salió la mujer cristiana, la reina del hogar; la maternidad rodeada de prestigios y derechos y santidades y veneraciones, de amores y de sacrificios; la virginidad vestida de azucenas fragantes, orlada de aureolas fulgentes; la clemencia para la desdichada, la redención, la excelsitud, en fin, para esa noble mitad del género humano, sobre la que pesaban juntas las esclavitudes todas de aquel mundo, desde la ignominia del harem y del repudio, hasta la embrutecedora del azadón, cuando, en hora inolvidable, se abrieron los cielos, y un ángel descendió á pobre, obscuro hogar, escondido en un rincón de la Judea, y saludó á una virgen que oraba, diciéndole: "María, ave, el Señor es contigo."

Comenzó entonces la Iglesia esa obra admirable de sus destinos, cuya síntesis se encierra en este programa eminente: la felicidad eterna del hombre, y la temporal de las sociedades.

Para realizar empresa de tamaños alientos, era forzoso demoler el régimen antiguo, y dirigirse á la edificación del nuevo, por este invariable itinerario: libertad de la Iglesia, consolidación de su autoridad, evangelización de los tronos, abolición de la esclavitud; y luego, destruir los señoríos, moralizar al pueblo por el deber, la caridad y el ejemplo, disciplinarlo con la instrucción, hacerlo capaz de regir sus propios destinos, y entonces poner en sus manos el Estado.

Mas esta obra social no podía caminar al mismo paso que la obra espiritual del cristianismo, de la que sería una consecuencia.

Lentitud inevitable, tan pesarosa para el sufrimiento, cuanto relativa para la historia, tenía que caracterizar el desarrollo de aquel programa, poderosamente obstruído por multitud de problemas económicos, políticos, internacionales, jurídicos y domésticos; pero la historia de la libertad, que es la historia del cristianismo, atestigua que en esa gestión asombrosa, la Iglesia no descansó un solo día, un instante solo. Apenas se vió libre de la persecución religiosa del Estado romano, desplegó por todas partes actividades y resistencia: extendió las alas de la caridad sobre las multitudes indefensas, se apoderó del saber, como palanca de bronce que volcaría la ignorancia crecida con el abono de la molicie; civilizó los bárbaros, y los domó, no sólo con la

dulzura de su doctrina, sino también con la energía de su autoridad sobrehumana; infundió respeto á Atila y Genserico; se hizo amar entrañablemente del pueblo; envió á Epifanio á obtener de los borgoñones la libertad de los prisioneros de Italia; conquistó naciones para la humanidad, inclinando la frente de Clovis, Autaris, Etelberto y otros muchos, bajo las aguas del bautismo; confió á San Remy y á los misioneros de Colonia, de Moyan y de Tongres la civilización de los francos septentrionales; á San Goaz la de las comarcas del Rhin, y á san Amando, en tiempo de Dagoberto, la evangelización de Gante; arrancó de las Galias por mano de Wulfiliaco, el Nuevo Jerónimo, la columna de Diana; envió á Kiliam, desde el corazón de Irlanda, á civilizar el país de los antiguos turingios; dominó bajo el sayal de los misioneros de Egberto, á los frisones y daneses, los rugios y los sajones; envió de Inglaterra al Santo Apóstol Wilfrido, que evangelizó la Sajonia, que arrancó de Geismar la encina sagrada de los Druidas, que demolió los ídolos de la Turingia, que instituyó en Ohrdruja la escuela de misioneros y agricultores, que organizó las cinco diócesis de la Iglesia de Baviera, y que recibió horrendo martirio en su predicación á los frisones; llevó con San Emmerano y San Ruperto la luz del Evangelio á los ávaros, y con San Corliniano, á Fresinique; combatió la esclavitud con los anatemas de sus concilios, con la santa voz de sus padres, con la propaganda heroica de San Cesáreo, de Euspices, obispo de Sirgieópolis, de San Germán, obispo de París, con los cánones, que como los del concilio de Tours, ordenaban á los fieles la obligación de pagar el diezmo para la redención de cautivos; con el generoso, brillante y sublime canon que abrió las puertas de la jerarquía eclesiástica á los esclavos, después de haber obtenido de la ley, que el sacerdote por el mero hecho de serlo, quedara libre; inundó de escuelas los atrios de los templos, y de hábiles agricultores las comarcas; hizo secular, formidable y victoriosa guerra al feudalismo, amparando al pueblo bajo el manto de los prelados, protegiendo la expansión de la soberanía real, oponiendo la autoridad de los obispos á la avasalladora de los barones, iniciando una suave y fecunda forma democrática, al confiar la elección de los obispos al pueblo; y como áurea y esplendorosa diadema de gestión tan prolongada, sembró en las floridas márgenes del Melfa, consagradas por el inmortal Ápóstol Benito, aquella encina de fronda celestial, las órdenes monásticas, aquel árbol de los vergeles

divinos, que ha cubierto con sus ramas la redondez del globo, que ha dado ancho y excelso nido á las caudales águilas de la fe, á Domingo de Guzmán, á Bernardo y Francisco, á Pedro Alcántara é Ignacio de Loyola; aquel árbol, señores, de donde desgajaron sus lanzas todos los grandes campeones de nuestra edad, todos, ¿para qué enumerarlos? desde el ilustre herido de Pamplona que dominó al infierno en el siglo XVI, hasta el insigne purpurado de Sevilla, que forcejeó con los errores de nuestro siglo, y que entre el apoteosis de Europa acaba de bajar al sepulcro.

Durante esa activa y esforzada propaganda que ocupó la Edad Media, la Santa Sede había consolidado su autoridad, ejerciéndola, no sólo como en un principio, "resistiendo," sino creando el derecho público de las naciones, asumiendo el arbitraje en las contiendas internacionales, para asegurar la paz de los Estados, suavizando las crueldades de la guerra, interponiendo la cruz entre los rigores del trono y los pueblos, difundiendo en las clases la sabiduría de los monasterios, acercándolas por medio de esa admirable acción combinada, entre el plebeyo y el esclavo que subían al altar, y el noble y el señor que bajaban á la humildad y al silencio de la celda; moralizando el hogar doméstico, por medio de acrisoladas costumbres, y haciendo reinar la caridad en todas sus innumerables consecuencias.

Maduraba así el cristianismo los frutos de un árbol que durante quince siglos había regado con la sangre de sus mártires y confesores, con las lágrimas de sus misioneros, con el sudor de sus pontífices; preparaba el corazón del hombre para el reinado íntimo y tranquilo de la justicia, preparaba la sociedad para más altos ideales, preparaba á los pueblos para instituciones más generosas, cuando Satanás, vencido, pero no destruído, engendró á Lutero, á Lutero, señores, que engendró á Voltaire, á Voltaire, que engendró á Marat, á Marat que engendró á Ravachol.

La reforma, bien lo sabéis, hirió en sus entrañas todos los triunfos del Evangelio sobre el paganismo y la barbarie. Revolución política y social á la vez que religiosa, fué un monstruoso levantamiento contra el principio de autoridad, contra la moral evangélica, contra la libertad del hombre, contra la santidad del hogar, contra el reinado, en fin, de Jesucristo. Y en esa apostasía innoble, en esa reacción de Juliano hacia Júpiter, en ese retroceso del bautismo á las saturnales, de la cruz del Señor á la carroza de Tiberio, del calvario al pretorio, está, señores, el punto inicial de ese ca-

mino por donde la humanidad se ha precipitado á esta ciénega mefítica de lodo y de sangre en que la encontramos atollada.

A partir de ahí, de ese gran escándalo de los siglos, aparecen marcados en huellas relevantes todos los pasos del hombre, desde el trono de Enrique VIII, hasta el "Tribunal de salud pública;" desde la taberna del Oso blanco, donde Lutero celebraba sus bacanales, hasta el Coliseo de Barcelona, despedazado por el infeliz Salvador; desde la Universidad de Witemberg en que estalló la apostasía, hasta el parlamento francés en que estalló la bomba del dinamitero; desde el suplicio de la magnánima Catalina, hasta el féretro de Mr. Carnot, y desde el degüello de los campesinos alemanes, hasta la guillotina del desventurado Veillant.

El libre examen, el protestantismo, tenía que producir el libre pensamiento, la "revolución;" y el libre pensamiento tenía que producir la libre conciencia, y la libre conciencia tenía que producir el libre puñal, la libre locura, el libre caos. El ataque á la autoridad sagrada fué la simiente; el ataque á la autoridad civil es el fruto; el ataque á la propiedad comunal fué una raíz; el ataque á la propiedad privada es la cosecha; el ataque al reino de los cielos fué el manantial; el ataque al reino de la tierra es la corriente.

Tal ha sido el camino, señores; tal el itinerario de la tiniebla. Ahora, bajemos al abismo: contemplemos de frente al monstruo; tengamos el valor de acercárnosle y de mirarle cara á cara.

¡Ahí está! ¡Es el anarquismo! Es la síntesis de todas las depravaciones, de todas las desventuras, de todos los sufrimientos, de todos los egoísmos, de todas las tiranías, de todas las demencias y de todas las expiaciones.

Enróscase la boa en el indefenso cordero que pace tranquilo en la pradera; lo oprime con sus anillos de bronce, lo tritura y lo devora. Tiéndese luego á lo largo de la húmeda y caliente margen, caldeada por los rayos del sol, á dormir el sueño morboso de su banquete, y entonces millones de hormigas cubren su piel escamosa y liban infinitos glóbulos de sangre. El monstruo no despierta de su sueño, la anemia le ha causado la muerte; he aquí, señores, la eterna ley de las reivindicaciones de la naturaleza, la eterna ley de las venganzas de la historia. ¡Oh, sí! El cetáceo se enroscó en la virtud que pacía en las praderas del Eufrates, la trituró y la devoró, y entonces los árabes cayeron sobre el monstruo y lo mataron. Devoró otra vez

la virtud en los ricos Estados de Iram, y entonces las hordas de Alejandro le chuparon la sangre; se enroscó en Grecia y la devoraron los Romanos; se enroscó en Roma y la devoraron los bárbaros del Norte; se ha enroscado hoy en la Iglesia, y mientras duerme el letargo morboso de su crápula, viene á devorarlo la humanidad.

¿Qué es la anarquía? El conjunto de estos tres elementos: el pauperismo, el ateísmo y el democratismo. El primero es la miseria, el segundo la negación de la autoridad y el deber, el tercero es la fuerza como única razón del hecho, y único medio de soluciones. Examinémoslos separadamente. El pauperismo es no la carencia del trabajo, ni la de medios económicos de vida, sino la absorción de esos medios por los vicios. El eminente Padre Félix ha definido el pauperismo con su magistral sindéresis, diciendo: es el pobre escandalizado por el rico y anhelando los placeres de éste. El pauperismo, señores, es el resultado de estos tres disolventes elementos: los vicios, la usura semítica, que se ha apoderado de la Europa, y la paz armada del viejo continente.

La primera causa del pauperismo es, á no dudarlo, el alcoholismo. San Jerónimo decía: "Tembló el mundo de verse arriano." La historia de nuestros días exclamará, señores: "¡Tembló el mundo de verse ebrio!" Sí, señores, el alcohol, el embrutecedor de la inteligencia, el que degrada el corazón, hasta donde no se degradan los brutos, el que suprime en el hombre esa calidad que jamás se suprime en las bestias: el instinto del orgullo animal; el alcohol, que les deleita en la estupidez, que saborea las lágrimas de los hijos haraposos, que lleva al hogar la blasfemia y el hambre, la crueldad y la vergüenza, la estafa y el estigma, la desesperación y el infierno; el alcohol que hace del espíritu un planeta deshabitado y sin atmósfera, un lago muerto en que nada vive, ni sonríe ni se escucha más que el rumor pesado de los remos de Satanás; el alcohol, sobre cuya botella escribió un día Alfredo de Musset, víctima asimismo, esta lúgubre paráfrasis del Dante: "Per me si va nella citá dolente," porque no tuvo el valor de escribir esta otra: "Lasciate ogni speranza voi ch' entrate;" el alcohol, autor de la primera maldición paternal que se escuchó sobre la tierra, ese es, señores, el dueño, el césar, el absoluto, el dios del mundo presente. Lo tiene entre sus garras, lo domina en todas sus clases, en todos sus distritos, en todos sus placeres.

¡Oh paradojas del error! ¡Oh Satanás grotesco, Satanás de las eternas bancarrotas, burlón perpetuo de las deidades que levantas ¡cuándo habías de faltar á tu programa de ridículo! Un siglo que comenzó por exaltar cual diosa á la razón, por erigirla en señora de la humanidad, acaba por aborrecerla. Un siglo que comenzó erigiéndola sobre el altar de Dios, acaba por escupirla, por odiarla, por arrancársela á girones, por ahogarla en una cuba de vino, y luego pisotearla, hacer de ella un fango en la oquedad nauseabunda de todo linaje de repugnancias!

Y ese alcohol es el que devora todo lo que gana el obrero. Para él trabaja, sólo para él. He ahí el pauperismo.

¿Os fatigo, señores? Lo sentiría, porque ahora voy á ser elocuente, con elocuencia incontrastable: la de los números. Escuchadme: oid el empleo que se da en Europa y Estados Unidos (y así se está ya dando en nuestra patria), al fruto del trabajo del hombre.

Ya en 1833 el Dr. Chadrick, eminente observador del movimiento alcohólico en Europa, halló esta cifra horripilante: las clases trabajadoras de Inglaterra habían gastado en bebidas alcohólicas doscientos cincuenta millones de pesos en un año. No fué el medio siglo transcurrido desde entonces, ingrato para la progresión de la ebriedad: ¡no ciertamente! En 1878 el "Journal des economistes," de París, hizo esta revelación abrumadora, fruto de pacientísimas investigaciones: en los tres reinos se gastaba á la sazón, en bebidas embriagantes, las dos terceras partes del producto total del trabajo, esto es, el sesenta y siete y medio por ciento de todo género de honorarios y sueldos, y sólo la Inglaterra había empleado cuatrocientos millones en alcohol, sin entrar en esta cantidad el vino para la comida.

Los Estados Unidos han consumido, en diez años, mil doscientos millones de pesos en alcohol, y éste ha causado cien mil huérfanos en los asilos, y un millón fuera de ellos; ciento cincuenta mil dementes, diez mil suicidas, doscientas mil viudeces, y diez millones de pesos perdidos en incendios y otros estragos. En Alemania, según testimonio del Doctor Vinkelburg, las cuatro quintas partes de los asilados en los manicomios, eran de ebrios, en 1892; y el cuarenta por ciento de los presidiarios debían su cautividad á crímenes cometidos bajo la influencia del alcohol; y Boettcher asegura que por cada ciento cincuenta indigentes recogidos en los obradores de caridad, más de cien eran ebrios.

En Holanda, en un país de cuatro millones de habitan-

tes, los obreros han gastado en ginebra cien millones de francos cada año. En Rusia, el consumo de alcohol es superior á todos los anteriores, y debo agregar que ahí, en sólo seis años, ese consumo ha aumentado al ciento por ciento. En Génova, en 560 expendios autorizados, se vendió alcohol durante un año, por valor de tres millones trescientos sesenta mil francos, que divididos entre los habitantes de esa ciudad, dan este cociente espantoso ¡más de sesenta francos por habitante! En la comarca existían hace catorce años, mil cien tabernas, para noventa y ocho mil habitantes, esto es, una taberna para cada 89 habitantes. Actualmente la cantidad de tabernas se ha duplicado; los hospitales genoveses tienen 70 casos de "delirium tremens" cada año, y el 80 por ciento de las otras enfermedades causadas por el alcohol. Pasemos ahora á Francia, y permitidme que os pida singular atención para ella, por ser ese país aquel en que sentó sus reales el filosofismo, el país de Voltaire y Juan Jacobo, y el país en que el pauperismo ha dado los escándalos mayores en nuestros días.

La Francia antes de la "filosofía," era el país más sobrio de la tierra. Ni el labrador, ni el obrero, ni el "burgués," ni las clases directivas, conocían el deletéreo vicio; hoy, según el Dr. Play, cada obrero francés gasta setecientos francos al año en alcohol, sin contar los veinte francos de las bebidas en ayunas. Según el Dr. Jally, se venden diariamente en París á los obreros, trescientas mil copas en las mañanas, y según Julio Simon, los obreros de Amiens consumen ochenta mil vasos cada día. Hoy existen en Francia setecientas mil cantinas, que para una población de cuarenta millones de habitantes, da la cifra de una taberna por cada catorce electores.

Italia, Austria, Bélgica, presentan guarismos semejantes, y que el temor de fatigaros sobremanera, me excusará de mencionar.

Mas como la embriaguez constituye un hecho, que nunca aparece aislado, sino con su inevitable cortejo de sensualidades, más ó menos inflamadas y duraderas, y como el alcoholismo actual ha criado muchas variantes, tales como el morfinismo, el eterismo, la bromuro-manía, y demás vicios estupefacientes, debemos tomar en cuenta, para la estimación del pauperismo, no sólo los efectos directos, mejor dicho, inmediatos del alcohol, sino también los mediatos. Carezco de espacio, señores, para presentaros detalles estadísticos. Obligado á proceder por síntesis, en

el desenvolvimiento de asunto tan vasto en tal angostura de tiempo, debo resignarme á suprimir sumandos y presentar únicamente productos, tomando por base la Francia. Helos aquí: Efectos directos del Alcoholismo en Francia: Primero, orfandades: cincuenta mil fallecimientos de madres y cien mil de padres de familia cada año. Es decir, que fijado el mínimum de cinco individuos, que acepta la Estadística para cada familia, resultan doscientos cincuenta mil huérfanos, por fallecimiento de la madre, y quinientos mil por el del padre. Total: setecientos cincuenta mil orfandades causadas anualmente por la embriaguez, cifra doblemente horrorosa si se tiene en cuenta, que la ausencia de la madre significa la indigencia moral, y la del padre la indigencia física, y más si se recuerda el grito elocuente del gran economista inglés: "¡mors miseriae mater!" Segundo: asilación en 1,528 hospitales y hospicios, 13,367 establecimientos de beneficencia pública, que gastan 140 millones de francos al año, cantidad que pesa sobre los contribuyentes, esto es, en el último término, sobre el obrero. Tercero: mendicidad y vagancia, que en Francia é Inglaterra han alcanzado 74 y 64 por ciento respectivamente, en las causas de todos los delitos conocidos.

Efectos mediatos: más de cuatro mil esposas abandonadas en sólo Paris; 51,814 niños recogidos por la policía; 70,952 hijos ilegítimos nacidos durante un año, lo cual acusa una proporción de más de un cincuenta por ciento en la natalidad francesa, y de los cuales sólo es reconocido un número muy limitado. Todo lo demás pasa á engrosar la masa de las granzas sociales, el muladar humano donde va el trapero del vicio á recoger harapos de alma para la fábrica del anarquismo.

¿Y quién podrá reducir á número, á estadística, todas las demás consecuencias del alcoholismo? ¡Ya lo veis! Una generación neurópata "impulsiva," terreno fecundo para todos los vicios, y estéril para las grandes empresas del alma, especialmente para la virtud; una masa epiléptica, una niñez raquítica, que vive á fuerza de emulsiones, bajo la acción artificial de una terapéutica cruel y complicada; un guarismo aterrador, cada vez más largo en la estadística de los niños que mueren por falta de desarrollo; senectud anticipada en los jóvenes; idiotismo anticipado en los ancianos; la tuberculosis anidando en todos los pulmones, la calentura en todas las arterias, la consunción en todos los órganismos. Es decir, la incapacidad para el trabajo, la hiper-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez